

Reseña Ensayo

HISTORIA DE LA CIENCIA E HISTORIA DEL LIBRO: ¿UN DESEN- CUENTRO?

JOSÉ PARDO TOMÁS (*)

MANUEL PEÑA. *Cataluña en el Renacimiento: libros y lenguas*, Lleida, Editorial Milenio, 1996, 372 pp. / MANUEL PEÑA. *El laberinto de los libros. Historia cultural de la Barcelona del Quinientos*, Madrid, Fundación Sánchez Rupérez, 1997, 547 pp. / HANS ERICH BÖDEKER (dir.) *Histoires du livre. Nouvelles orientations*, Paris, IMEC Éditions et Éditions de la Maison de l'Homme, 1995, 499 pp. / ROGER CHARTIER (dir.) *Histoires de la lecture. Un bilan des recherches*, Paris, IMEC Éditions et Éditions de la Maison de l'Homme, 1995, 317 pp.

BIBLID [0211-9536(1997) 17; 467-474]

Fecha de aceptación: 17 de abril de 1997

Barcelona, 1502. En la plaza pública se procede a la venta en almoneda de los libros poseídos en vida por el difunto cirujano Miquel Climent. En la subasta se dan cita un grupo de personas de variada condición. Dada la profesión del antiguo propietario de los libros, no extraña ver reunidos a tres barberos, dos cirujanos, un médico y dos estudiantes; pero también acuden otras personas no pertenecientes al ámbito de las profesiones y ocupaciones sanitarias (seis notarios, tres presbíteros, dos canónigos); incluso, se halla gente de mucha más modesta extracción social, como un chatarrero y un peletero. Cuando termina la subasta y cada uno vuelve a sus quehaceres con alguno de los libros de Climent bajo el brazo, el resultado no deja de ser

(*) Doctor en Historia, Colaborador científico del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, U.E.I. Història de la Ciència, Institució Milà i Fontanals, C/ Egipcíacues 15, 08001 Barcelona.

sorprendente para nosotros, espectadores de cinco siglos después: el médico compró una obra de Séneca, uno de los barberos se quedó con las apostillas de Nicolás de Lira al Salterio y una obra de Egidio Romano en latín, por el contrario uno de los canónigos se llevó a casa un *Regiment de sanitat* de Arnau, un presbítero compró una de las obras de cirugía y el chatarrero adquirió uno de los pocos libros de medicina de Climent.

Esta breve narración de un suceso real, recogido por Manuel Peña en la p. 216 de su primer libro, no es solamente una anécdota curiosa para desmascarar alguno de los prejuicios más sólidamente establecidos sobre nuestra ignorancia. Ciertamente, superada la primera perplejidad, no faltan argumentos para elaborar con rapidez explicaciones que vuelvan las aguas a su cauce y todo pueda seguir como estaba. Pero si un historiador de la ciencia o de la medicina al uso se quedara simplemente en esta primera lectura superficial del suceso y como toda conclusión extrajera una condescendiente explicación dirigida más al no iniciado que a él mismo, buena parte del esfuerzo de Manuel Peña para rescatar de los archivos notariales toda una riquísima documentación sobre el mundo del libro de la Barcelona renacentista, habría caído en saco roto. Por otra parte, no tendría nada de extraño, tratándose del tema que se trata. Me explico. Entre la historia de la ciencia y la historia del libro se ha establecido una larga relación de encuentros y desencuentros en la que claramente han prevalecido estos últimos, a pesar de lo fructíferos y apasionantes que han resultado siempre los primeros.

Dentro de pocos meses se cumplirán cuarenta años de la publicación de *L'aparition du livre*, la obra de Lucien Febvre y Henri-Jean Martin que marcó sin duda un antes y un después en los estudios acerca de la historia del libro. La importancia de esta obra se dejó sentir no sólo en el mundo historiográfico de lengua francesa, sino también en otros ámbitos, incluido el de habla hispana, pues, como se recordará, Agustín Millares Carlo preparó una edición en castellano de la obra de Febvre y Martin, que se publicó en México, en 1962. Desde entonces, naturalmente, ha llovido mucho sobre el mundo historiográfico interesado por el libro impreso y se han ido añadiendo nuevas perspectivas y nuevos planteamientos, aunque es de justicia señalar que una parte no despreciable de esas novedades pueden considerarse resultado de la directa incitación a seguir caminos no trillados, apuntados a veces con apenas unas lúcidas frases, por Lucien Febvre y su entonces joven discípulo Henri-Jean Martin. De hecho, la posterior producción de Martin no hizo sino confirmar los excelentes resultados que se podían obtener siguiendo algunas de las rutas señaladas en 1958. Baste recordar su *Livre, pouvoirs et société à Paris au XVIIe siècle*, aparecido en 1969 y la dirección de la monumental obra *Histoire de l'édition française*, publicada entre 1982 y 1985, junto con Roger Chartier.

La historia francesa del libro fue desarrollando a lo largo de todo ese tiempo un enfoque original, «apoyado en la cifra y en la serie, [...] centrado en la coyuntura de la producción impresa, en su desigual distribución en el seno de la sociedad, y en los medios profesionales de la imprenta y de la librería», como la ha definido en pocas líneas el propio Roger Chartier. El éxito que acompañó al desarrollo de esta historia serial del libro, al socaire de la moda cuantitativista y con el beneplácito de la siempre poderosa revista *Annales*, produjo también a mediados de los años ochenta la necesidad de una profunda renovación, que encabezaría precisamente Chartier, sin duda la persona mejor situada para efectuar dicha renovación sin perder la enorme visibilidad de que gozaban los estudiosos más tradicionales. De hecho, puede decirse que la nueva historia del libro «a la francesa», que sus cultivadores prefieren denominar «historia de la lectura» para señalar así hacia donde han evolucionado sus planteamientos, goza de una excelente difusión no sólo en Francia, sino también en otros países. Incluso en el nuestro, donde en los primeros años noventa se ha editado buena parte de la producción de Chartier y donde se han realizado trabajos de enorme interés y perfectamente homologables a los mejores de los producidos en el país vecino.

Sin embargo, desde nuestra disciplina, la historia de la ciencia, no se ha venido prestando demasiada atención a estos nuevos desarrollos de la historia del libro y de la lectura. Ciertamente, a lo largo de estos cuarenta años, se ha dado a veces un diálogo fructífero entre una y otra especialidad. El caso más notable fue, quizá, el debate suscitado por la aparición de la obra de Elizabeth Eisenstein, en 1979. Pero se trataba de un caso especial, sobre todo teniendo en cuenta que *The Printing Press as an Agent of Change* contenía, especialmente en su capítulo primero (pp. 3-42) y quinto (pp. 453-519), una batería de contundentes ataques a las diversas interpretaciones que los historiadores de la ciencia venían haciendo del impacto de la imprenta en el desarrollo del pensamiento científico europeo. En aquel momento, descendieron al debate y salieron al paso de las críticas de Eisenstein autores como Robert Westman o William Eamon, que no dejaron de señalar que la propia Eisenstein no estaba a la altura de sus exigentes planteamientos en su acercamiento a temas como la revolución copernicana, el acceso de la literatura técnica a la imprenta, o la censura papal a las obras de Galileo. El estímulo que supuso la obra de Eisenstein, sin embargo, marcó un breve encuentro entre historia del libro e historia de la ciencia, en medio de una larga historia de desencuentros. En nuestra opinión, poco se ha seguido profundizando en esa vía de diálogo abierta entonces y, a lo largo de los años ochenta, han sido pocos los autores que desde la historia de la ciencia han prestado atención a las nuevas direcciones tomadas por los historiadores del libro, especialmente los que se ocupaban

de explotar nuevas fuentes para aproximarse al mundo de los lectores y a las prácticas de lectura en la sociedad europea del Antiguo Régimen.

Es cierto que no han faltado esporádicas excepciones. Sin salir de nuestro ámbito más cercano, cabe recordar que algunos trabajos de Joan A. Micó, de Anastasio Rojo, de Vicent Ll. Salavert, de Jon Arrizabalaga y Luis García Ballester, o de quien esto escribe, trataron de establecer un puente entre ambas disciplinas al ocuparse de la presencia de libros científicos en las bibliotecas particulares, o de la censura inquisitorial contra autores y obras científicas, o de las condiciones de la producción de libros científicos mediante la relación entre autores, editores, impresores y libreros, etc. Para el mundo de los lectores y consumidores, trabajos como los de Horacio Capel sobre los lectores de los libros de geografía o los de Enrique Perdiguero sobre el público de los tratados de higiene han marcado un camino a seguir.

Pero el balance es más bien magro, sobre todo teniendo en cuenta que, en el ámbito general, la multiplicación de estudios sobre estos aspectos ha conocido una auténtica explosión. Baste mencionar que en 1985, Robert Darnton podía afirmar: «sabemos ya bastante sobre las bases institucionales de la lectura. Disponemos de algunas respuestas para las cuestiones sobre el quién, dónde y cuándo. Pero se nos escapan los porqués y los cómo». Por el contrario, en el marco de la producción y el consumo de la literatura científica no puede decirse otro tanto, ni mucho menos. Seguimos ignorando demasiado sobre el quién, el dónde y el cuándo, incluso sobre el cuánto. Pese al ahora denostado cuantitativismo, poseemos algunos instrumentos básicos de análisis y buenos ejemplos que van desde los capítulos dedicados al tema por López Piñero en el ya clásico *Ciencia y técnica*, hasta la recién culminada *Bibliographia Medica Hispanica*, por citar los que nos son más cercanos. Pero no se han elaborado aún suficientes estudios para tratar de ofrecer respuestas a éste y otros interrogantes fundamentales.

La situación no obedece, desde luego, a la ausencia de esas preguntas en la larga tradición de más de siglo y medio de nuestra disciplina. Es de todos conocido que la sólida erudición bibliográfica estuvo presente desde los inicios y, por otra parte, los supuestos de los llamados modelos filológico y bibliográfico, dieron como resultado una historia de la ciencia tradicionalmente preocupada por la difusión de las teorías científicas, las influencias de unos autores en otros, la formación intelectual de las grandes figuras del pensamiento científico, la aparición de sus obras impresas, el «descubrimiento» de las manuscritas, etc. El problema es que pocas veces estos modos tradicionales de enfocar los problemas incluyeron la necesidad del estudio de las condiciones sociales, económicas, técnicas, o ideológicas, en que se producía y consumía el

libro científico, soporte y vehículo (sea impreso o manuscrito) de esos procesos esenciales.

Es aquí donde una mirada sin prejuicios hacia otras disciplinas se hace, a nuestro modo de ver, imprescindible. Empezando por la historia de la literatura (que se ha mostrado mucho más atenta en estas últimas décadas a esta cuestión) y acabando por la historia de la lectura, en sus diferentes versiones, desde la historia serial a la francesa (Martin, Bec, Berger), hasta las teorías de la *Rezeptionsethik* a la alemana (Jauss, Isser, Warning), pasando por la llamada bibliografía material (McKenzie) o las valiosas aportaciones de los historiadores de la cultura popular (Burke, Zenon Davies, Darnton), sin olvidar las aportaciones de los historiadores de la escritura y la alfabetización (Armando Petrucci) o los *microhistoriadores* a la italiana, con Carlo Ginzburg y Giovanni Levi a la cabeza. Sólo un diálogo abierto con los resultados —y también con las insatisfacciones— que estos estudios nos ofrecen puede ayudar a avanzar en las respuestas que siguen abiertas.

La proliferación de investigaciones realizadas desde la historia de la ciencia podrá también ayudar a superar buena parte de las prevenciones que amplios sectores de los historiadores del libro han venido mostrando hacia la literatura científica, evitándola la mayor parte de las veces, clasificándola en epígrafes improcedentes otras, o introduciendo confusas nociones al respecto. Porque es innegable que desde el otro lado también hace falta un mayor diálogo con lo que los historiadores de la ciencia han venido aportando en las tres últimas décadas.

La lectura de los dos libros de Manuel Peña aquí reseñados puede resultar un excelente comienzo, ya que la primera característica reseñable de las monografías de Manuel Peña es su óptima asimilación de las más tradicionales y las más innovadoras aproximaciones procedentes del mundo de la historia del libro y muestran hasta qué punto la aplicación de determinados supuestos teóricos y de una serie de técnicas de análisis a un caso concreto permiten un conocimiento profundo y casi exhaustivo del mundo de la producción y el consumo del libro (impreso sobre todo, pero también manuscrito) en la ciudad de Barcelona entre las décadas finales del siglo XV y la primera del siglo XVII.

Si el estímulo de los libros de Peña no cae en saco roto y el lector se siente tentado a conocer más de cerca la producción internacional acerca de la historia del libro y la lectura, tiene a su disposición dos volúmenes colectivos, aparecidos ambos en 1995, que pueden ofrecerle una adecuada puesta a punto.

El volumen dirigido por Hans Erich Bödeker emana de las ponencias presentadas a un coloquio celebrado en Göttingen, en 1990, coorganizado por el Instituto de Historia del Max-Planck y por el *Institut Mémoires de l'Édition Contemporaine*, de París. Bödeker ha reunido diecisiete trabajos, presentándolos brevemente (pp. 13-19) y dividiéndolos en tres bloques. El primero, bajo el título de «Tradiciones de la historia del libro» trata de ofrecer estados de la cuestión por países. Roger Chartier se encarga de Francia (pp. 23-45), con un trabajo muy clarificador [cuya versión en castellano puede encontrarse en el libro *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, que Alianza Editorial publicó en 1993 (pp. 13-40)]; David Hall trata de acercarnos algunos de los estudios que se vienen realizando en Estados Unidos (pp. 47-60); Lotte Hellinga (pp. 61-71) y Ian Willison (pp. 73-79) son los encargados de ofrecer el panorama referente a Inglaterra; Monika Estermann, el de Alemania (pp. 81-100); Renato Pasta se ocupa de Italia, aunque no va más allá de los estudios referidos al siglo XVIII (pp. 101-138); y Paul Hoftijzer y Otto S. Lankhorst cierran esta parte con un trabajo sobre los Países Bajos (pp. 139-196). La segunda parte reúne media docena de estudios de casos concretos, ceñidos al marco cronológico de los siglos XVIII y XIX y para ámbitos geográficos que van desde Münster a Nueva Zelanda, pasando por Avignon. La tercera parte, bajo el título genérico de «Historia comparada», comprende cuatro propuestas de historia del libro desde una perspectiva comparada, a cargo de cuatro destacados autores: John Food, Henri-Jean Martin, Frédéric Barbier y Robert Darnton, que con su breve trabajo «Una breve agenda para la historia comparada del libro» (pp. 451-458) trata de plantear los términos de una comparación entre las situaciones de Francia y Alemania.

El volumen titulado *Histoires de la lecture. Un bilan des recherches*, por su parte, ha sido coordinado por Roger Chartier a partir de las ponencias presentadas a otro coloquio internacional, en esta ocasión el celebrado en París, en 1993. Presentado brevemente por el coordinador (pp. 13-18), el volumen reúne quince trabajos divididos en dos secciones. La primera de ellas, bajo el título genérico de «Comparaciones», se compone de ocho colaboraciones que tratan de ofrecer un balance historiográfico en distintos países europeos: Lodovica Braida se ocupa de Italia (pp. 23-50); Jean-François Brotel hace lo propio con España, aunque es de resaltar que se centra especialmente en el siglo XIX (pp. 51-64); otro tanto cabe decir de la colaboración de Frédéric Barbier referida a Alemania (pp. 65-92), aunque en este caso esta limitación queda superada por el excelente trabajo de Hans Erich Bödeker que realiza un balance historiográfico más global de la historia del libro y la lectura en Alemania (pp. 93-124); la situación en los Países Bajos nos la aproxima Otto S. Lankhorst (pp. 125-140); James D. Raven hace otro tanto con Inglaterra (pp. 141-164); y David

Hall vuelve a ser el encargado de intervenir sobre los Estados Unidos (pp. 165-180); por último, Alexandre Stroeve nos acerca la producción historiográfica de las últimas décadas de la actual Rusia. La segunda parte del volumen, bajo el título de «Cruces», reúne siete trabajos más breves de temas laterales muy diferentes, aunque guarden una cierta relación con la historia de lectura: Annie Prassoloff se ocupa de los efectos de la regulación sobre los derechos de autor (pp. 201-206); Ségolène Le Men sobre la ilustración y la edición (pp. 229-248); Jean-Yves Mollier sobre la historia de la edición (pp. 207-220); Jean M. Goulemot sobre la historia de la literatura, pp. 221-228; y Anne-Marie Christin sobre el proceso de la escritura (pp. 261-270); no faltan, por último, las aportaciones de Henri-Jean Martin con «Lectures et mis en texte» (pp. 249-260) y del propio Roger Chartier, que cierra el volumen con «Lecteurs dans la longue durée» (pp. 271-283), donde una cabalgada histórica nos lleva en pocas páginas desde el *codex* hasta la pantalla del ordenador.

La lectura disloca el texto, modifica la del que lo escribió y la del que lo publicó, fragmenta y descontextualiza; la que hemos realizado de estas obras no escapa a ello, al contrario, parte de la aceptación de esa dislocación. El lector ha ido, en este caso, a la búsqueda del reto de estudiar de un modo distinto el libro y la lectura del texto científico en la Edad Moderna. Ese modo distinto está por construir y no conviene ir demasiado aprisa, como enseña la máxima que repite una y otra vez el propio Roger Chartier: *rester prudent*. Tomando, pues, el reto de Chartier, tan bien aplicado por Manuel Peña, sin olvidar sus propias cautelas y sus valoraciones del camino ya andado, pueden apuntarse algunas propuestas de investigación que traten de incorporar algunos de los últimos planteamientos de la historia del libro y de la lectura.

A la hora de abordar el análisis de la producción del libro científico en la Europa moderna, deben tomarse en consideración aspectos como las estrategias discursivas del propio texto hacia el lector potencial; las formas materiales del libro como soporte del texto científico; el patronazgo a la hora de aportar la financiación de la edición o el sostén del autor; las condiciones técnicas y económicas de la producción editorial y la distribución comercial, la venta, los precios; la cuestión del autor y la autoría en el libro científico; la permanencia de la fabricación y circulación del manuscrito; la incidencia de los aparatos de censura en los autores potenciales, entre otros aspectos.

Imprescindible complemento de este primer análisis relativo a la producción sería el del consumo del libro científico, donde se integrarían variables como: la presencia o ausencia del mismo en las bibliotecas particulares de distintos grupos, no sólo definidos por la distinción socioprofesional, sino también teniendo en cuenta grupos transversales a ésta de acuerdo a edad,

género o religión (por citar tres ejemplos planteados por el mismo Chartier); la circulación del libro en préstamos, alquileres, listas de lectores, reseñas, etc.; la huella del censor en los ejemplares y la eficacia del aparato de control; las huellas del lector en su ejemplar que nos aproximan a las prácticas de lectura y a las estrategias de apropiación del texto; la diferenciación entre los rasgos de distinción o de divulgación otorgados por el autor o conquistados por el lector, etc.

La elaboración de estudios atendiendo a estos aspectos y la comparación de sus resultados debería llevar, en última instancia, a repensar el eterno problema de los géneros de la literatura científica sin los apriorismos habituales con los que nos hemos venido manejando a duras penas y de modo insatisfactorio hasta ahora. Una tarea compleja, que necesita de las aportaciones de muchos, pero que, sin duda, puede resultar apasionante.